

to. La distinción entre cambio cuantitativo y cualitativo no se identifica con la distinción entre reforma y revolución. Sólo la conjunción de ambos es revolución en el sentido esencial y verdadero (páginas 133-134).

Marcuse trata de definir el socialismo en sus términos más utópicos, como fuerza para la transformación de la existencia humana y de su entorno. Está en juego una nueva antropología, de caracteres cualitativamente diferentes. La imaginación creadora, la racionalidad, la sensibilidad y el juego se convierten en fuerzas de transformación. Los intelectuales ejercen en todo ello una función preparatoria decisiva. Y la tarea política de la oposición es activar la contradicción manipulada y reprimida, hacerla actuar como catalizador del cambio. Todo empeño educativo está caracterizado políticamente para Marcuse.

El libro se completa con otros dos trabajos: *La dialéctica y la lógica después de la Segunda Guerra Mundial* y *La ideología de la muerte*. A pesar de las deficiencias en la exposición ordenada y sistemática de los problemas y del —a veces— escaso rigor pedagógico del autor, sus aportaciones son válidas, actuales, de gran vitalidad y coherencia ética, admirables por su altura y limpieza nada retóricas. El mensaje profundamente humanizador de Marcuse nos sigue haciendo falta y está presente intensamente en estas páginas.

(*) Herbert Marcuse: *Ensayos sobre política y cultura*. Ed. Ariel. 1982 (4.ª edición).

LA MEMORIA DE LA VANGUARDIA

Miguel Gato

Uno de los acontecimientos literarios del año es, sin lugar a dudas, la aparición de las memorias de Luis Buñuel (*), escritas tras largas conversaciones con el cineasta, guionista de algunas de sus películas, Jean-Claude Carrière. En ellas el director aragonés va desgranando sus recuerdos, las impresiones vividas e imaginadas con el mismo talante, directo e iconoclasta, con que ha hecho sus películas.

Leyendo la memoria de Luis Buñuel quedan claras algunas cosas. Por ejemplo: el nacimiento y creación del lenguaje cinematográfico fue debido, en buena medida, al ambiente de creación febril que existió en los primeros años del siglo.

No cabe la menor duda que el pensamiento de estos últimos años no está atravesando un momento culminante. Terminada, al mismo tiempo que la Segunda Guerra Mundial, la época de las vanguardias, el pensamiento y, con él, el arte, han ido deshojando una margarita cuyo crecimiento había tenido lugar algunos años antes. Es evidente que lo que se hace por el momento es vivir de rentas o, todo lo más, completar un camino que ya está abierto.

Naturalmente, ésto, como casi todo, es tan sólo una verdad a medias, pero de lo que no cabe duda es de que la cul-

tura está atravesando un bache creativo del que mucho me temo tarde bastante en salir.

Lo primero que llama la atención en la conversación que Buñuel mantiene con el lector es el grado de libertad con que siempre ha concebido su obra. Esta característica asombrosa, si tenemos en cuenta las circunstancias en que fue concebida, no nace tan sólo de un empecinamiento personal sino de un talante, cierta actitud, que puede hacerse ostensible a buena parte de los creadores que nacieron con el siglo. Nunca la libertad estuvo más presente en la creación que en aquellos años, y nunca el artista llevó tan hasta sus últimas consecuencias la creación en libertad.

En el cine, que es lo que nos ocupa, lo anteriormente dicho está muy claro. Los pioneros, los hombres que a base de inteligencia e intuición crearon el lenguaje cinematográfico, fueron los que al ir completando su obra moldearon lo que hoy entendemos por cine. Desaparecida esta generación, hecho que tiene lugar en la década de los cincuenta —con excepciones, naturalmente—, tan sólo se extiende ante nuestros ojos un yermo inmenso. Situación que todavía no ha cambiado, a pesar de la excepción que supuso la *nueva ola francesa* que, en síntesis, no fue otra cosa que un acercamiento a los clásicos, una relación abuelo/nieto que no ha tenido continuidad.

Buñuel pasó sus años de Madrid en la Residencia de Estudiantes, verdadero vivero en el que se creó una generación que introduciría en España las nuevas ideas que circulaban por Europa. Un amplio capítulo del libro dedica a esta

época, deteniéndose especialmente en su relación con Lorca y con Dalí. Pero lo que marcaría definitivamente a Luis Buñuel fue su paso por París y su amistad con los fundadores del surrealismo. La influencia que sobre su personalidad ejercieron hombres como Breton, Ernst, Sadooul, Aragón, etc., marcaría profundamente su vida y su obra.

Apoyándose en estos dos polos puede uno comprender la compleja, pero al mismo tiempo transparente, personalidad de Buñuel. Difícil sería comprender películas como *Un perro andaluz* o *Las Hurdes*, sin entender su personalidad surrealista.

Esta vertiente de la personalidad de Buñuel la ha hecho extensible a su discurrir cotidiano. Así cuando dice, por ejemplo, que prefiere poner bombas en los museos a ayudar a construir casas de cultura o que desconfía plenam-

te del conocimiento científico, no es que esté adoptando una pose más o menos «snob» sino que refleja toda una serie de convicciones profundamente arraigadas, que han condicionado todo el desarrollo de su obra. Cuando Buñuel llega a México, tras una corta estancia en Norteamérica, comienza a hacer cine en unas condiciones que se pueden calificar de paupérrimas: Argumentos mediocres, medios de rodaje escasos, tiempo limitado, actores inadecuados, etc. Pues bien, a pesar de lo anterior, mucha gente, entre las que se encuentra el que esto escribe, piensan que es su etapa más fértil e interesante, a pesar de las imperfecciones. En esas películas de la etapa mexicana está presente toda la fuerza incontenible del cine de Buñuel.

Las memorias ahora editadas son un resumen de toda su obra. Los mismos temas que están presentes en sus películas aparecen en las páginas del

libro. La muerte, el ateísmo, la memoria, el surrealismo, los sueños, lo imprevisto, la religión, son algunos de los apartados en los que Buñuel va desgranando sus recuerdos. Aunque no analiza sus películas en el sentido exacto del término, sí da las suficientes pistas como para descubrir sus mecanismos creativos y sus obsesiones cinematográficas.

Una de las fotos que ilustran el libro es una verdadera joya para el cinéfilo. En ella están, entre otros, Cukor, Wyler, Wilder, Wise, Mamoulian, Hitchcock —Ford se había marchado minutos antes—; casi todos han dejado de hacer cine o han muerto. Toda una época se va con estos hombres. Entre ellos está Buñuel. Tan sólo nos queda el placer de ver sus viejas películas o leer sus memorias. El cine ha muerto. Viva el cine.

(*) Luis Buñuel: *Mi último suspiro (memorias)*. Plaza y Janés, S. A. Barcelona, 1982.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID: VIAJES LIBROS RODIE, 22 MADRID-20 TELÉF. 279 34 43	CATALUNYA Y RESTO PAIS: LES FUNDRES, S.L. ESCOMALDOR, 12 BARCELONA-28 TELÉF. 232 22 08-232 81 08
---	--